

CAPÍTULO XVII.

Sucesos de 1776.

Al recibirse la Declaración de independencia, en 9 de Julio de 1776, Washington la incluyó en la orden de la plaza, como un nuevo estímulo para escitar á los oficiales y soldados á portarse con fidelidad y valor. «Ellos deben comprender que en la actualidad la paz y la salvación del país dependen exclusivamente del éxito de nuestras armas, y que todos ellos sirven á un Estado que puede recompensar su mérito, y hacerlos participar de los honores de una patria libre y dichosa.»

Al día siguiente, Washington escribía al Congreso de Filadelfia:

«No nos es dado determinar cuáles serán las consecuencias de las resoluciones que tomamos; mas de nosotros depende adoptar medidas que, con la protección omnipotente de la Providencia, contribuirán indudablemente á labrar nuestra felicidad. Creo que las últimas que ha adoptado el Congreso naturalmente nos asegurarán la posesión de esa libertad y de esos derechos que se nos han negado y se nos niegan todavía, á despecho de la voz de la naturaleza y del espíritu de la Constitución británica. Accediendo á la invitación del Congreso, he hecho proclamar la *Declaración* en presencia del ejército. Su lectura ha producido el efecto apetecido, habiéndola acogido oficiales y soldados con frenéticos aplausos¹.»

Esa declaración escitó de tal suerte las pasiones de los soldados y del pueblo, que tuvieron que lamentarse algunos desórdenes. En Nueva York, derribaron y decapitaron una estatua del rey Jorge elevada en Broadway, y como era de plomo, la fundieron para ha-

¹ Nueva York, 10 de Julio de 1776.

cer balas que habían de servir luego en favor de la independencia. Washington, en una orden de la plaza, se levantó contra esa necia venganza. «El general confía en que todo oficial y soldado procurará por todos los medios posibles vivir y obrar como conviene á un *soldado cristiano* que defiende los mas sagrados derechos y la libertad de su patria.» Desde el primer momento, se hizo cosa evidente que al frente del ejército y del país se hallaba un hombre á propósito para gobernar.

Algunas horas despues de esa proclamación, el almirante lord Howe llegó á la vista de Sandy-Hoek. Howe era portador de instrucciones pacíficas, y á pesar del giro que habían tomado las cosas, dirigió una proclama al pueblo para anunciar el objeto de su misión. «No he venido á América, decía él, como destructor, sino como mediador.» Hecha esta proclama, envió una carta muy amistosa á Franklin quien, cuando estaba en Inglaterra, había vivido íntimamente unido con toda la familia Howe.

La respuesta de Franklin del 31 de Julio de 1776, es muy severa. «Ofrecer el perdón á colonias que han sido ultrajadas, es ciertamente suponer que aun somos nosotros tan ignorantes, serviles é insensibles como hasta ahora plugo suponer á vuestra obcecada y orgullosa nación... Es imposible que pensemos en someternos á un gobierno que con la mas insigne barbarie ha incendiado nuestras ciudades indefensas en lo mas crudo del invierno, que ha incitado á los salvajes á degollar á nuestros pobres labradores, que ha armado á nuestros esclavos para asesinar á sus amos y que en estos mismos momentos nos envia estipendiarios extranjeros para inundar con sangre nuestras provincias.

«Aun cuando nos fuera posible olvidar y perdonar, no podréis jamás los ingleses perdonar á un pueblo á quien habeis ofendido tan cruelmente... El recuerdo del mal que nos habeis hecho os induciria á agobiarnos con la tiranía mas cruel, y á emplear todos los medios para impedirnos adquirir fuerza y prosperidad.»

Franklin añade que solo una cosa es posible: la paz, es decir, el reconocimiento de la independencia norteamericana, y es posible, dice, *antes de que hajamos contraído alianzas extranjeras*. Inglaterra ganará con ello infinitamente bajo el punto de vista mercantil, al paso que la guerra la aplastará.

¹ Wash. Irv., *Vida de Washington*, pág. 529.

Franklin recuerda que á despecho de todas las calumnias de que ha sido objeto en Inglaterra, nadie como él ha hecho tantos esfuerzos para conservar el imperio británico, *ese magnífico vaso de porcelana que, una vez roto, no puede ya repararse, habiendo perdido por otra parte la mitad de su valor.* Franklin recuerda además á lord Howe que lloró de regocijo al creer posible la reconciliación, pero que en la actualidad es ya demasiado tarde.

Y Franklin concluye diciendo: «Considero que la guerra que nos hacen los ingleses es á la vez injusta é insensata. Estoy convencido de que la fría é imparcial posteridad condenará á la infamia á los hombres que han promovido esa lucha, y ni hasta la misma victoria podrá borrar siquiera la mancha ignominiosa de los generales que voluntariamente se han empeñado en atacarnos.»

Antes de haber recibido esta respuesta, lord Howe envió á Washington un parlamentario con una carta. La carta iba dirigida á M. Jorge Washington, *escudero*. El coronel Reed contestó que bajo esa denominación no se conocía á nadie en el ejército. Lord Howe, almirante inglés, enviado á una colonia británica en plena rebelión, no quería reconocer á Washington un título revolucionario. Por su parte, Washington no quiso recibir un mensaje dirigido á un simple particular. «Nunca sacrificaré una cosa esencial en aras de una vana etiqueta, escribía aquel al Congreso, pero, en obsequio al país y á mi posición, he creído deber insistir en un acto puramente de delicadeza, en el cual no hubiese ahincado, si ello no trascendiera al honor del país.»

El Congreso no pudo menos de aprobar esa justa susceptibilidad de Washington, y con harta razón. De suerte que desde el primer día quedaron interrumpidas las negociaciones.

Mientras estaba hablando con esa altivez patriótica, Washington se hallaba en una situación apurada, no haciéndose ilusiones acerca de los peligros que corría. Para proteger á Nueva York, tenía 10.000 hombres apenas, lo cual era harto poco para guardar la bahía y detener al enemigo. «Pero, escribía Washington al Congreso, según puedo inferir del lenguaje y felices disposiciones de mis tropas, me sostendré... Y aunque esa mi confianza en su valor pueda no darme los felices resultados que apetezco, el enemigo no conseguirá lo que desea sin considerables pérdidas. *Cualquiera ventaja le costará muy cara* ¹.» Lenguaje es ese propio de un

¹ Marshall's. *Life of Wash.*, tom. II, pág. 393 (8 de agosto de 1776.)

grande hombre, que prevé la derrota, pero que sin embargo está decidido á resistirse todo el tiempo posible, porque la resistencia es un deber.

Con ese ojo avizor, con esa tranquilidad y energía de carácter que así dista de la ilusión como de la exasperación, Washington había leído en el libro del porvenir. En 27 de agosto, los norteamericanos eran derrotados en Long-Island; los soldados del Sud se habían defendido con valor, los demás, gente toda bisona, no habían podido resistir el empuje de tropas disciplinadas. Washington había permanecido cuarenta y ocho horas á caballo, mas fueron inútiles todos sus esfuerzos, siéndole preciso evacuar á Long-Island y retirarse á Nueva York, para lo cual hizo pasar el East-River á sus tropas, operación difícil que merced á espesa niebla llevó á cabo con toda felicidad.

Mucho le honró esa retirada, pero la situación era deplorable. Aquel ejército compuesto de milicias, estaba desmoralizado. Aquellos soldados enganchados por solas seis semanas con una gratificación de 40 dollars, formaban según acertadamente decía Washington ¹ «un cuerpo de tropas que llega y se vuelve sin qué ni para qué, obra en dónde y cómo le conviene, absorbe vuestras provisiones, y gasta vuestras municiones y acaba por abandonaros en el momento mas crítico.»

«Nuestra posición es tristísima, escribió Washington al Congreso ². El descalabro que ha sufrido nuestra división ha desmoralizado una inmensa parte de nuestras tropas, llenando los ánimos de temor y desconfianza. En lugar de volver en sí haciendo un esfuerzo enérgico y viril, la milicia está desanimada, se ha hecho intratable y se deja llevar de la impaciencia para regresar cuanto antes al seno de su familia. Hay ya muchos dispersos; regimientos y compañías enteras nos han abandonado á un tiempo... La insubordinación cunde como un contagio, y malea á aquellos que permanecen en las filas, haciendo menospreciar por completo la disciplina y la obediencia.»

«Con el pesar mas profundo me veo, pues, obligado á confesaros la poca confianza que tengo en la generalidad de mis tropas... Hasta estos últimos días no dudaba que podía defender á Nueva York, y aun hoy tendría ánimo de hacerlo, si los soldados quisieran cumplir con su deber, lo cual recelo.»

¹ Carta del 20 de diciembre de 1776.

² 2 de setiembre de 1776.

«Me es sumamente afflictivo tener que comunicar noticias tan poco halagueñas; mas en las presentes circunstancias, ocultar la verdad seria un crimen.»

Al propio tiempo Washington señalaba la causa del mal, cual era, no poder contar con la milicia¹. Convenia ante todo disponer de tropas regulares y que permanecieran largo tiempo en las filas; en una palabra, era indispensable contar con un ejército permanente, mientras durara la guerra. Y además, en la manera de reclutarlo, habia que adoptarse el sistema inglés, ofreciendo primas y concesiones de terreno, que de lo contrario perdida estaba la libertad.

El Congreso resolvió alistar ochenta y ocho batallones, mas ahí fué todo, pues esos batallones eran *en papel*, y por supuesto que se necesitaba algo mas serio para contrarestar á los ingleses.

Despues de su primera victoria, el almirante Howe volvió á acariciar ideas de conciliación. Entre los jefes hechos prisioneros en el combate de Brooklyn se hallaba el general Sullivan, á quien bajo su palabra de honor, envió lord Howe al Congreso de Filadelfia. Sullivan era portador de un mensaje verbal. Segun las instrucciones que ese habia recibido, Howe no podia tratar con el Congreso, no pudiéndole reconocer de ningun modo, si bien que deseaba tener una conferencia con algunos de sus miembros, á quienes consideraria como simples particulares. Que los recibiera en el sitio que estos juzgaran mas á propósito, pidiendo que se llegara á un acuerdo común, ya que todavía no se habia dado el golpe decisivo, no habiendo aun lugar en su consecuencia para decir que alguna de las partes se hubiese visto obligada á aceptar un arreglo. Además, que si el Congreso estaba dispuesto á entablar negociaciones, se podria y deberia otorgarle muchas mas cosas de las que habia solicitado, y que, si despues de las conferencias, hubiera probabilidades de paz

¹ «En pocos dias no es posible disciplinar hombres que han vivido libres y nunca sujetos á jurisdicción. Los privilegios que se atribuyen, las exenciones que obtienen ejercen una influencia perniciosa, y la discordia, la irregularidad y la confusión de que son causa contrabalancean el apoyo que prestan en el combate.» (Carta del 2 de Setiembre de 1776).

Reed escribia: «Cuando dirijo los ojos en torno mio, y buseo á los que tan alto hablaban de honor y de muerte, me voy sorprendiendo cada vez mas. Algunos caballeros nuestros de Filadelfia que habian venido á vernos desaparecieron con rapidez excesiva al primer cañonazo. Esos hijos de la libertad que tanto ruido meten en otras partes, son los que mas callan en el campo de batalla.» Wash. Irving, *Vida de Washington*, pág. 589.

y concierto, reconocíase la autoridad del Congreso, sin lo cual no fuera completa la conciliación.

El Congreso contestó que siendo el representante de Estados libres é independientes, delegaria á algunos miembros, no como á simples particulares, sino como constituyendo un comité, para enterarse de los poderes y proposiciones del almirante. Los tres comisionados que eligió el Congreso fueron Franklin, John Adams y Eduardo Rutledge de la Carolina del Sud, los tres decididos partidarios de la independencia y enemigos de la Gran Bretaña.

El dia 11 de Setiembre de 1776, tuvo lugar la conferencia en Staten-Island, frente la ciudad de Amboy. Lord Howe recibió á los comisionados con muchas atenciones, mas habian transcurrido ya los tiempos en que Franklin y lord Howe pasaban alegremente las veladas en Lóndres, jugando al ajedrez con miss Howe. La relacion que hicieron al Congreso los comisionados puso en evidencia toda la decision, todo el resentimiento que se encerraba en el corazon de los norteamericanos.

«Hemos dicho á S. S. que era vana ilusion creer que la América del Norte volviere á aceptar el dominio de la Gran Bretaña. Hemos representado todo lo ocurrido hasta la fecha, las humildes y frecuentes esposiciones que las colonias elevaron al rey y al Parlamento, esposiciones recibidas y tratadas con menosprecio, contestadas con insultos, y hemos recordado la paciencia inaudita que hemos tenido durante su dominacion tiránica. Hemos aducido tambien, que para declarar nosotros la independencia, habiamos aguardado las últimas resoluciones del Parlamento, en cuya fuerza se nos declara la guerra, poniéndonos fuera de la proteccion del rey. Aquella Declaracion, habiala pedido el pueblo de todas las colonias, siendo por todas aprobada, y ahora las plantaciones se consideran Estados independientes, por lo cual han establecido ya el gobierno que mejor les ha parecido. No tiene en su consecuencia el Congreso poderes para estipular en nombre de aquellas, y para consentir en que vuelvan á ser dependientes. No cabe duda, sin embargo en que las colonias se inclinan á la paz, la cual ajustarán muy á su placer con Inglaterra por medio de un tratado ventajoso para entrambos paises. Si S. S. no tiene poderes para tratar con nosotros constituidos en Estados independientes, mientras haya buena voluntad por parte de Inglaterra, mas fácil le será á él obtener nuevos poderes, que al Congreso arrancar de las colonias el consentimiento para someterse.»

Así terminó la conferencia¹; no se les había ocultado á los comisionados que lord Howe no tenía siquiera autorización para otorgar amnistía general á los norteamericanos, en el caso de haberse de nuevo reducido á la obediencia. El Congreso por su parte, publicó todos los detalles de lo ocurrido en la reunión, para ilustrar al pueblo de los Estados Unidos.

No teniendo nada que esperar por parte del Congreso, lord Howe dirigió una proclama al pueblo norteamericano. En ella reprobaba sus pretensiones á la independencia, pretensiones extravagantes é inadmisibles, audazmente apoyadas por una Asamblea que el estravío de los norteamericanos reconocía como autoridad suprema. Prometía además la reforma de las leyes y la revocación de las medidas que fuesen motivo de queja para las colonias, garantizaba la libertad de legislación interior, y por último, exhortaba á los habitantes á que reflexionaran muy mucho y compararan las ventajas que reportaría su sumisión á la Gran Bretaña con los perjuicios que se irrogarían sacrificando sus vidas y haciendas á una causa injusta y precaria.

Esa proclama, y sobre todo los desastres de la campaña de 1776, indujeron á algunos, principalmente de Nueva York, á reconocer el gobierno inglés y el poder del Parlamento. Entre los resellados hubo uno, cuyo nombre es notable, José Galloway, diputado que había sido por la Pensilvania en el Congreso de 1774.

No es posible que haya indiferentes en una guerra civil, y con harta acierto exigía Solon que cada cual militara en un partido ú otro. Así que América se dividió en dos bandos: el de los patriotas, que contaba con una inmensa mayoría, y el de los *torys* ó partidarios de la obediencia, amigos por lo tanto de la Gran Bretaña. El mas encarnizado odio animaba mutuamente á los militantes en cada uno de los dos bandos. Ciertamente, no hay alma mas bella ni mas humana que la de Washington; en la víspera de la batalla de Long-Island, le vemos atareado en hacer salir de Nueva York á las mujeres y á los niños, y en buscar con qué socorrer á los ancianos, enfermos y obreros sin trabajo²; Washington empero no perdonó

¹ Al concluir esta, lord Howe aseguró á su antiguo amigo, el doctor Franklin que sentía en el alma tener que afligir á personas que tanto apreciaba.

«Agradezco á S. S. esos buenos sentimientos, respondió Franklin con su afabilidad característica; sin embargo, los norteamericanos por su parte, procurarán suavizar ese pesar que os molesta, poniendo muy á buen recaudo sus personas.» (Wash. Irving, pág. 592.)

² Carta del 17 de agosto de 1776.

nunca á los *torys*, de cuyos bienes y personas se apoderaba sin ningún escrúpulo. Concluyase de ahí cuál debía ser la animosidad de un pueblo exasperado. Los norteamericanos invocaban con frecuencia el lema de Cosme de Médicis: «Dios nos manda perdonar á los enemigos, mas nada dice de los amigos¹.» Permitásenos creer que se violentaba demasiado la letra de ese lema.

Las negociaciones habían retardado las operaciones militares; pero no las habían interrumpido. El día 14 de Setiembre el ejército inglés, auxiliado por la escuadra, pasó el East-River, é intentó hacer un desembarque en la isla de Nueva York. Encerrar al ejército en la isla, era un golpe mortal para la guerra. Las milicias norteamericanas pusieron piés en polvorosa, sobrecogidas de un terror pánico: «Hice cuanto pude para replegarlas y reducir las á su deber, escribe Washington², pero todo fué inútil. En cuanto vieron que se acercaba un insignificante destacamento enemigo de sesenta ó setenta hombres, se aumentó el desorden, y nuestros hombres desaparecieron en medio de la mayor confusión, sin disparar un solo tiro.»

Segun dicen, esa fué la única ocasión en que Washington perdió su serenidad habitual. Así dijo el general Greene. «Tanto le indignó á S. E. la infame conducta de sus tropas, que no pensó mas que en morir³.» Fué menester que sus ayudantes se apoderaran de las riendas de su caballo, y le arrastrasen hácia una dirección opuesta.

Su carta escrita en 16 de setiembre al presidente del Congreso deja traslucir el profundo pesar que le agitaba. «Estamos actualmente acampados en las alturas de Haarlem, en donde, confío que el enemigo será indudablemente derrotado, si intenta formalizar un ataque, con tal que, sin embargo, nuestros soldados quieran desplegar un poco de valor. Pero, muy á pesar mio, la esperiencia me ha convencido de que mas vale desear ese resultado que aguardarle. Sea de ello lo que fuere, espero que en nuestras filas, no faltarán quienes se batan como hombres, demostrando con eso ser dignos de la libertad.»

Nueva York estaba evacuada, y de ella se posesionaron los ingleses en 15 de setiembre, manteniéndose en esa ciudad hasta el fin de la guerra. Allí fué en donde se refugiaron los *torys*.

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 88.

² Al presidente del Congreso, en 16 de setiembre de 1776.

³ Lord Mahon, tom. VI, pág. 120. Correspondencia de Wash., carta del 16 de setiembre. Nota.

Hasta fines de octubre permaneció Washington en las alturas de Haarlem, haciendo maniobrar á sus soldados para aguerrirlos, y acostumarlos paulatinamente á los peligros de la guerra. En un encuentro que tuvo lugar el día 28 de octubre en las *White plains*, se echó de ver que los soldados se habian adiestrado algun tanto en el ejercicio militar; pero el invierno se acercaba, y por consiguiente habia que licenciar á las milicias, con lo cual evidentemente quedaba disuelto el ejército norteamericano; y cuando los ingleses, al mando de lord Cornwallis, amenazaron invadir las Jerseys, Washington solo tenia consigo tres mil quinientos hombres. Con ese puñado de soldados tuvo que retirarse, ó mas bien huir en presencia del enemigo. Un contemporáneo que escribió dia por dia la historia de la revolucion norteamericana, el doctor Ramsay, nos ha descrito admirablemente bien la situacion de Washington.

«Mientras los norteamericanos atravesaban el país en retirada, nadie se unia á ellos, en tanto que gran número de habitantes salian á recibir al ejército real, para hacer paces y conseguir proteccion. Por una parte veíase un numeroso ejército, bien vestido, bien equipado, y cuya elegancia y uniformidad deslumbraba los ojos; mas por otro lado se ofrecia un puñado de pobres soldados, á quienes por razon de sus miserables vestidos se les llamaba *ragamuffins* (andrajosos), los cuales huian para salvar la vida. Y no fué solamente el pueblo quien mudó de parecer en ese triste estado de cosas, que otro tanto hicieron tambien algunas personas influyentes en Nueva Jersey y en Pensilvania¹.»

Esos restos de ejército ni siquiera acompañaron á Washington en su retirada; las brigadas de Nueva Jersey y de Maryland, concluido ya su compromiso, se retiraron; y cuando en 10 de diciembre, el ilustre general pasó el Delaware, no tenia consigo mas que mil setecientos hombres, número insuficiente para defender á Filadelfia en donde residia el Congreso, amenazado ya por el enemigo.

En tales circunstancias el Congreso, como todas las asambleas en que se habla mucho y se obra poco, quiso tranquilizar los ánimos con una proclama, que ordinariamente solo sirve para desalentarlos aun mas. En 11 de diciembre desmintió como falsa y mal intencionada la noticia de que el Congreso tratara de abandonar á Filadelfia. El Congreso declaraba que tenia una opinion mas levantada del generoso pueblo de Filadelfia, y que no abando-

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 132.

naria esa ciudad á menos que á ello le obligara una necesidad suprema. Notificáronse esas resoluciones á Washington, para que las incluyera en la orden de la plaza. Washington rehusó hacerlo, teniendo por sistema que en el mundo solo produce buen efecto la verdad. No trascurió mucho tiempo sin que los sucesos le dieran la razon. Dos dias despues de aquella proclama heróica, hubo un cambio de opinion, y se aplazó la reapertura del Congreso para el 20 de diciembre, debiendo reunirse, no en Filadelfia, sino en Baltimore.

Sin embargo se salvó Filadelfia, en primer lugar por la prevision de Washington, quien pasando el Delaware, habia hecho reunir todas las embarcaciones de manera que no quedara ninguna por la parte de Nueva Jersey, y en segundo lugar por la inacción del general Howe, hermano del almirante, el cual, viendo la proximidad del invierno, aplazó las operaciones militares para la primavera, mandando desde luego á lord Cornwallis que invernara en el Estado de Nueva Jersey.

Washington aprovechó todos los instantes para reorganizar un ejército. Llegáronle soldados de diferentes partes, cuatro regimientos del ejército del Norte, y por último la milicia de la ciudad y del condado de Filadelfia, que habia noblemente volado á su auxilio. Sin embargo no eran grandes sus esperanzas, siendo cosa visible que con aquellas milicias flotantes nunca se podria oponer resistencia á ejércitos regulares.

En 18 de diciembre de 1776, Washington escribia lo siguiente: «Indudablemente el general Howe intentará algo por todo este invierno contra Filadelfia, y yo no veo que resistencia podremos oponerle dentro de quince dias, en que habrán cumplido el tiempo de servicio nuestras tropas, escepcion hecha de las de Virginia, muy reducidas ya, y el regimiento de Smallwood, compuesto de soldados del Maryland. En una palabra, si no se hace un esfuerzo supremo para reclutar un nuevo ejército, temo que presto tendremos que ceder; triste desenlace, al cual habrán contribuido no poco las intrigas del enemigo, el mal espíritu de ciertas colonias, el sistema ruinoso de los enganches á corto plazo, y la confianza ciega que se ha puesto en la milicia. Esas funestas consecuencias, las habia yo previsto y casi profetizado diez y seis meses hace.

»No podeis formaros una idea de la critica situacion en que me hallo. No creo que haya habido ningun otro hombre con mas dificultades que vencer, y con menos recursos para combatir-